

Actualidad de Maquiavelo

Aquello que un pueblo no puede realizar irrumpe como pensamiento. Esta idea de Hegel es igualmente aplicable a los pensadores políticos. En su *Séptima Epístola*, Platón confesó que se dedicó a la filosofía al ver frustrada su carrera política. Maquiavelo escribió *El príncipe* en el exilio, como consecuencia de la derrota de César Borgia, de quien había aspirado a ser el consejero de gobierno. Si César Borgia hubiera tomado el poder tal vez no se habría escrito *El príncipe*, del mismo modo que si los gibelinos no hubieran sido derrotados –también Dante fue un desterrado– tal vez *La Divina Comedia*, donde sus enemigos güelfos sufrían en el infierno, habría sido distinta. *La República* de Jean Bodin, primer pensador político francés, fue también un producto de la derrota. Los condes de Bonald, de Maistre y de Saint Simon se ocuparon en pensar la sociedad de su tiempo como consecuencia del desplazamiento político de la nobleza a la que pertenecían.

Las obras teóricas de Marx fueron el fruto de su exilio y de la derrota de la revolución de 1848. El pensamiento político parece ser la compensación de la imposibilidad de actuar. Se escribe lo que no se pudo hacer. Alvin Gouldner afirmaba que la teoría política es una actividad que se sustenta cuando la época no corresponde a su ideología y se hace necesario compensar fracasos, derrotas o indiferencia. Los hombres de acción, por el contrario, no tienen tiempo para escribir, y cuando lo hacen es con frecuencia para ocultar sus verdaderas intenciones. Fernando el Católico, en quien se inspira *El príncipe*, nunca se hubiera reconocido en el modelo maquiavélico; él decía obrar en nombre de los ideales cristianos. Federico de Prusia, por su parte, pretendió refutar a Maquiavelo con su libro *El príncipe cristiano*, disimulando de ese modo su propio maquiavelismo en la práctica. El hombre de acción que aceptara explícitamente a Maquiavelo caería en la paradoja del mentiroso: si hacer política es mentir –como piensa Maquiavelo– hay que decir que no se miente. Si, por el contrario, se confiesa que se miente –como hace Maquiavelo– se está diciendo la verdad y se incurre en contradicción. Eso es lo que hizo pensar a Rousseau que en realidad Maquiavelo era un demócrata que no hacía la apología del absolutismo, sino que señalaba

su mecanismo perverso. Maquiavelo pudo hablar desenfadadamente del Estado absolutista en Italia, donde ni siquiera existía el Estado. La revolución teórica suele hacerse allí donde no hay una revolución política real.

Este autor denigrado como un cínico predicador del inmoralismo político fue, sin embargo, reivindicado por los pensadores políticos de la modernidad, por Hegel, por Marx y por Max Weber. Hegel, a quien se llamó el Maquiavelo de su época, decía: «Es preciso acudir a la lectura de *El príncipe* (...); es una de las más auténticamente grandes y verídicas concepciones de una seria cabeza política en el sentido más grande y más noble». (*La Constitución de Alemania*.) Marx, a quien Croce llamó «el Maquiavelo del proletariado», agrupaba a Maquiavelo con Spinoza, Rousseau y Hegel «entre aquellos que han descubierto las leyes del funcionamiento del Estado». Para Engels era «el primer escritor de los tiempos modernos digno de ser mencionado». Es indudable, en fin, la influencia de *El príncipe* en el célebre texto *La política como vocación*, de Max Weber, a quien se llamó el «Maquiavelo alemán».

Aquello que atraía a Hegel, Marx y Weber era el desprecio del florentino por el utopismo y el idealismo moral aplicado a la política, su rechazo por la explicación de la acción según las ideas nobles y elevadas con que los propios hombres políticos la justifican. En contraposición con la postura premoderna que subordinaba la política a la moral, cuyo ejemplo era la obra de Erasmo, *La educación del príncipe cristiano*—escrita casi al mismo tiempo que *El príncipe*—, Maquiavelo se planteaba, por primera vez, la autonomía de la política respecto a la moral. Este problema no podía dejar de surgir en esa época, cuando la formación del Estado moderno exigía la emancipación de la Iglesia.

Maquiavelo elaboró, aunque en forma rudimentaria, la primera teoría de la ideología, parte fundamental de toda sociología del conocimiento. «Una cosa se dice en la plaza, otra en palacio», afirmaba en los *Discursos sobre la década de Tito Livio*, atreviéndose a declarar que las doctrinas filosóficas o religiosas sirven para legitimar el poder y mantener la cohesión de los dirigentes y la sumisión de los dirigidos. Encaró los temas que aún hoy siguen siendo vigentes: la separación entre ética y política, entre idealismo moral y realismo político, entre fines y medios, o, para usar la terminología weberiana, entre la ética de la fe, sólo preocupada por la pureza de las intenciones sin considerar las consecuencias de las mismas, y la ética de la responsabilidad, que rechaza los absolutos y acepta los compromisos pragmáticos.

Este dilema tiene dos respuestas: la democrática y la autoritaria. La alternativa democrática, dando su parte de razón a Maquiavelo, admite el elemento de inmoralidad inherente a toda política, pero cree en la posibilidad de establecer reglas de comportamiento para controlarlo y limitarlo.

Aun reconociendo que la identidad entre moral y política es una utopía inalcanzable, tratará de aproximarse lo más posible.

La alternativa autoritaria, por el contrario, afirma y reivindica la separación entre moral y política, no ya como un mal necesario, sino como deseable. Esta última posición, identificada con la versión vulgarizada del maquiavelismo, según la cual el fin justifica el empleo de cualquier medio, se actualiza en el siglo XX y rescata a Maquiavelo del olvido después de varias centurias durante las cuales pareció un autor anacrónico y extravagante. El auge de los totalitarismos modernos –el fascismo y el stalinismo– tiene mucho que ver con este *revival*. El clima de las sociedades totalitarias es similar al de las cortes renacentistas –contexto histórico de la obra de Maquiavelo–, un príncipe arbitrario y omnipotente, favoritos, aduladores, espías, bufones, intrigas de palacio, traiciones, crímenes políticos, violencia y engaño.

Mussolini, que se consideraba un hombre del Renacimiento, estuvo influido por la escuela de sociólogos italianos llamados maquiavelistas –Gaetano Mosca, Wilfredo Pareto y el inglés italianizado Robert Michels– y tenía entre sus libros de cabecera *Diálogo en los infiernos entre Maquiavelo y Montesquieu* (1864), de Maurice Jolly, obra que se dice también leía Perón. Al escribir el epílogo de *El príncipe*, dos años después de haber tomado el poder, parecería que Mussolini transgredía la norma del verdadero estadista maquiavélico que no debe decir que lo es. Tal vez la explicación consista en que se sintió siempre un dictador frustrado: nunca pudo realizar del todo el fascismo porque debió compartir el poder con el rey, la Iglesia y el ejército. Su resentimiento político –además de sus veleidades literarias– lo llevaban a expresarse con esa brutal franqueza, con ese toque de escepticismo cínico, inusual en los políticos.

En cuanto al stalinismo, fue vinculado con el maquiavelismo para denigrarlo por parte de Trotsky en su biografía de Stalin o para justificarlo por parte de Gramsci. El caso de Gramsci, maquiavelista bolchevique, resulta significativo. En páginas de sus cuadernos de la cárcel, recopilados con el nombre de *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, identificaba al jacobinismo de la Revolución Francesa y al bolchevismo ruso con *El príncipe* de Maquiavelo. El «moderno príncipe» debe usar medios propios de la tiranía –decía– y el proletariado como la burguesía revolucionaria de los tiempos de Maquiavelo, debe sacrificar su libertad y subordinarse al Estado absoluto para lograr sus fines. El partido, o mejor dicho el secretario del comité central, el líder, representaba al moderno príncipe y éste, según Gramsci, «ocupa en las conciencias el lugar de la divinidad y el imperativo categórico». Nunca se expresó con tanta claridad la deificación del poder totalitario. Aquí, una vez más, se da el caso de un escritor político que puede decir todo lo que piensa porque está imposibilitado de actuar, encerrado en la cárcel.

Libre, y en tanto militante del Partido Comunista italiano, los dirigentes del mismo no le hubieran permitido nunca decir esas cosas. El propio Stalin jamás se hubiera justificado con argumentos maquiavelistas; por el contrario, él hablaba, como Fernando el Católico, en nombre de los grandes principios de la humanidad.

La actitud de Gramsci, que apoyándose en Maquiavelo muestra al desnudo los métodos perversos del stalinismo, aunque fuera para justificarlo, es preferible a la de quienes por cálculo o por estupidez creían estar exaltando ideales humanitarios con los cuales aquél se disfrazaba. Llamar tiranía a la tiranía, aunque sea para glorificarla, es mejor que confundirla con la «verdadera» libertad. La moral de Maquiavelo resultaba de mostrar la inmoralidad. La inmoralidad de quienes lo denigran consiste en defender una moral celestial que permite olvidar los crímenes que se cometen en la tierra.

Este es el aspecto reivindicable de Maquiavelo desde una perspectiva actual y no el que leen los gobernantes para extraer lecciones de astucia política. Pero además existe el Maquiavelo real, histórico, que tenía las limitaciones propias de su época y de su clase: representaba la necesidad de un Estado fuerte por parte de la burguesía en su lucha con la nobleza. Finalmente, *El príncipe* no fue dedicado a César Borgia sino a Lorenzo de Médicis, miembro de una típica familia de burguesía comercial y financiera en ascenso. Uno de sus descendientes, Catalina de Médicis, tendría la oportunidad de llevar el maquiavelismo a la práctica.

Por estas circunstancias la interpretación de la historia de Maquiavelo es unilateralmente politicista –la política considerada sólo como una técnica para lograr y mantener el poder– en tanto ignoraba las condiciones sociales y económicas. Si lo comparamos con su contemporáneo Tomás Moro –la *Utopía* fue escrita tres años después de *El príncipe*– el inglés puede parecer, desde el punto de vista político, ingenuo e idealista al lado del florentino, pero –integrante de una sociedad más avanzada– era más lúcido al mostrar la realidad social y económica de su época. La *Utopía*, antes que una fantasía de anticipación, es una descripción realista de las clases sociales inglesas y sus conflictos, y de las consecuencias del desarrollo del capitalismo en el siglo XVI, aspectos que Maquiavelo era incapaz de ver. No podía darse en aquella época un autor que sintetizara el realismo político de Maquiavelo y el realismo social y económico de Moro; había que esperar la aparición de Hegel.

Hay otro punto débil en Maquiavelo. Éste se oponía a la concepción optimista de la sociedad, a la idea del hombre bueno o perfectible, desdeñándola como metafísica pura. Pero en su lugar ponía una concepción pesimista según la cual «los hombres son hipócritas, rencorosos, inconstantes, cínicos y desagradecidos», una visión del hombre malo por naturaleza, tan metafísica, tan indemostrable como la anterior. Si, según

Maquiavelo, las masas son egoístas, indóciles, apáticas, ¿quién debe gobernar? La respuesta es la teoría de las élites: unos pocos hombres serían los elegidos para gobernar. Pero queda aún un dilema. Puesto que no existe ningún objetivo elevado para gobernar, ¿cuál sería el motivo por el cual unos pocos hombres sacrificarán la comodidad de sus vidas privadas para gobernar a los demás? La respuesta está implícita en Maquiavelo, explícita en los maquiavelistas italianos del siglo XX: la voluntad de poder, una fuerza vital, biológica o psicológica, impulsaría irresistiblemente a algunos hombres a actuar y a mandar. La ambición de poder lleva ínsito el culto de los héroes, del superhombre más allá del bien y del mal, tesis que va a ser desarrollada por Nietzsche, quien decía: «En todo pensamiento moderno encontramos a Maquiavelo».

Comprobamos así que la descripción que se pretendía realista, objetiva, neutra, despojada de toda metafísica, está inspirada, en última instancia, por una concepción metafísica que se ignora. Maquiavelo proclamó, antes de fecha, el fin de las ideologías, pero esta proposición es también una ideología. Atacaba todas las ideologías menos una, la suya propia. Por eso una lectura moderna de Maquiavelo debe criticarlo desde sus propios presupuestos o defenderlo a pesar y en contra de él mismo, y ser, por lo tanto, más consecuentemente realista de lo que él lo fue.

Juan José Sebrelli